

Conferencia de cierre del Dr. Giacomo Marramao*

Teniendo en cuenta que -salvo excepciones- el grueso de los debates sobre medio ambiente hoy se produce en la superficie de los discursos periodísticos (como una suerte de discurso de emergencia, especialmente debido a la dinámica propia de los acontecimientos) el Comité de las Jornadas consideró como muy oportuno incorporar la mirada de un filósofo.

A pesar de su brevedad, la conferencia de cierre del Dr. Giacomo Marramao (filósofo reconocido, autor de numerosos libros, actual Decano de Filosofía de la Universidad Roma Tre de Italia) ofrece elementos claves, tanto para contextualizar debidamente los principales ejes de la problemática, cuanto para permitirnos dimensionar gran parte de sus alcances y profundidad.

Lo que sigue es una transcripción de su alocución en el Auditorio de la Facultad de Lenguas.

Sobre las diferentes ideas de naturaleza

Una primera idea de naturaleza sería la de la naturaleza como *templo*, como espacio perfectamente ordenado y dentro del cual ocurren los acontecimientos. Esto determina una primera concepción de naturaleza ordenada -en el sentido de la cosmética de las mujeres-: el mundo es un “*kósmos*”, algo ordenado. Por lo tanto, el mundo bien ordenado siempre será un mundo finito. En esta visión antigua, clásica, del cosmos, cuando hay un acontecimiento violento, exagerado (cuando hay *hybris*) se produce una reacción contraria igual o superior al exceso cometido.

Esta es una idea prácticamente teológica, y en buena medida también católica. Cuando hay reversiones del orden, de la armonía de la naturaleza, se produce una reacción violenta: por lo que la violencia sería algo necesario para lograr la recomposición del orden alterado.

Una segunda imagen sería la idea de la naturaleza como *laboratorio*. Esta es la idea de la primera revolución científica, la de Galileo; y la operación de Galileo - considerando “operación” en su sentido etimológico verdadero- es una operación cuantitativa

Laboratorio por qué: porque la naturaleza ya no es más *cosmos*, no es más armónica; la naturaleza es un espacio infinito, y por ser infinito y homogéneo (y por eso estoy adoptando esta segunda metáfora de laboratorio), cada sección del espacio puede determinar el momento, la posibilidad del experimento. La ley, es el resultado del experimento: este es el pasaje operativo de Galileo; no sólo hipótesis, sino laboratorio del universo. Ya no hay más *cosmos* sino universo: *universum*, que es una palabra que significa que todas las cosas están unidireccionadas, homogeneizadas en el interior de este espacio, que es un espacio matemático, indiferente. La ley de nuestro mundo, por lo tanto, es la misma ley que la de los grandes espacios: ésta es la tesis de Galileo.

* Profesor de Filosofía política, Filosofía y Ciencias sociales en la Universidad de Roma y miembro del Collège International de Philosophie de París. Profesor visitante en diversas universidades europeas y americanas. Autor de numerosos trabajos, en libros y revistas especializadas, especialmente sobre la temática del poder y la cuestión del tiempo.

Sabemos que a esta tesis ya no se la considera como válida después de la revolución de la relatividad einsteiniana y de la mecánica cuántica. No es la misma cosa este espacio Galileo/newtoniano, en el cual vivimos, que el espacio de las grandes dimensiones; y después, como especificó la mecánica cuántica, está el espacio de los microprocesos subatómicos. No hay más la misma regla: hay una diferencia.

Pero no es esta última la tercera visión de la naturaleza. Porque Einstein aún está en el interior de la perspectiva científica Galileo/newtoniana, en el interior de una idea de la naturaleza que responde a un sistema más o menos determinístico.

La tercera visión es la visión que se desprende del descubrimiento del ADN, del código genético, para la cual la naturaleza es *código*.

No es más *templo*, (*cosmos*), ni *laboratorio*, sino que es *código*. ¿Y cual es el efecto, la diferencia de esta nueva idea de código?. La novedad es que ya no hay más diferencia entre sujeto y objeto. El sujeto que piensa y estudia y el objeto estudiado participan de un mismo código. La relación de una idea de cultura en la cual en lugar de fronteras ontológicas lo que hay son fronteras metodológicas, epistemológicas, es porque nosotros estamos constituidos por códigos. Esta idea tenía un *feedback* sobre la misma idea de la naturaleza física. Muchos colegas filósofos hablan sobre bio-poder o biopolítica como una *reprise* del sistema de Michel Foucault y al comienzo del Siglo XX ya se señalaba una ruptura entre la dimensión física y la dimensión biológica. La dimensión biológica como un salto, como una ruptura cualitativa. Pero el hecho es que esta ruptura cualitativa entre orgánico e inorgánico no existe más.

En realidad el *feedback*, la respuesta del descubrimiento del ADN sería que la llamada materia inorgánica, en realidad es energía. Nosotros somos pórticos (la idea es de Lucrecio) que se agregan y desagregan en segundos. No hay, nunca, una materia inorgánica estática. Hay siempre una dinámica de cambio. Esto quiere decir que la materia inorgánica es energía. Y energía es información.

Nosotros, que tenemos nuestro cuerpo compuesto con materia estelar, no podríamos desarrollar la dinámica mental -que es una dinámica sistémica- como la cifra de la supremacía del hombre sobre el resto de las formas organizadas. Tener una mente es tener algo funcional a su autodefensa y autoreproducción. Pero esta mente ya es una virtualidad de la dimensión material, porque la dimensión material -también inorgánica- es una dimensión energética, informacional: la materia está *informada*.

La derivación de todo esto es que esta idea de la naturaleza ya no es más determinística, ya no hay más "reino de la necesidad". Y la derivación es que la tercera visión de la naturaleza determina la eliminación del dualismo entre la historia y la naturaleza. Historia/tiempo, naturaleza /espacio: toda la filosofía política occidental está afirmada en esta dualidad. La historia es tiempo, es cambio, transformación; la naturaleza es espacio: *status nature* (esto es Hobbes; y también es el *necontractualismo* de John Rawls...) Las formas del pensamiento humano son más o menos las mismas; las formas de la racionalidad son siempre las mismas..

En realidad, como anteriormente manifestó la doctora Barei, hay en nuestro presente un pasaje antropológico; pero es un pasaje difícil, porque más allá de este pasaje no sabemos qué hay.

El filósofo no puede responder a ello. El filósofo, en todo caso, *reformula* las preguntas en un sentido socrático (el filósofo que *responde* siempre es un filósofo peligroso). En síntesis: pienso que lo único que debe hacer un filósofo es replantear las preguntas.

Recapitulando. Aquí lo que tenemos, entonces, es todo un problema: la presencia de una frontera antropológica. Algunos hablan de lo *post humano*; pero a mi no me gustan las definiciones con prefijos *post*, (que están en lugar de una incapacidad de pensar) Lo cierto es que yo no soy ni fui un filósofo posmoderno (como lo es mi querido amigo Gianni Vattimo): la euforia posmoderna no me gustó nunca.

Hombre, tiempo y espacio

Considero que a la cuestión antropológica tenemos que plantearla en relación con la dimensión global, porque la cuestión que se plantea aquí es sobre **medio ambiente y lenguaje**. La cuestión global, en mi reflexión, trata de visualizar nuestro presente como el efecto de una contrafinalidad, una heterogénesis de los fines.

Aclaro que la cuestión de la secularización no es solamente la cuestión de la religión, como lo plantea Habermas. Para él, parecería que no hay una sociedad secularizada sino una sociedad *post secular* (repito: yo no entiendo eso); quizás sólo podría entenderla como una propuesta de un nuevo compromiso con algunas iglesias; pero no es mi perspectiva, con todo el respeto que tengo por mis amigos judíos, musulmanes o católicos.

El hecho es que la secularización es una cuestión de concepción del tiempo. La idea del tiempo como un tiempo futurista, *enfuturante*, produce inevitablemente, como raíz teológica, ese fenómeno que, de manera fantástica, Octavio Paz llamó “colonización del futuro”.

La humanidad occidental no colonizó solamente el espacio sino también el tiempo. Hemos vivido el tiempo de la modernidad como un tiempo colonizado. Es decir: como un futuro predeterminado. Todas las filosofías de la historia lo entienden así.

La época presente, de “las pasiones tristes” (como la llaman algunos psiquiatras), no es la época en la cual la generación de los jóvenes (y también la nuestra) perdió el futuro: no, no es que hayamos perdido el futuro. Las “pasiones tristes” son típicas de un momento de desencanto, en el cual el futuro real se presenta como lo contrario del futuro que pensábamos, del futuro prometido. No es el futuro perdido, sino la inversión simbólica del futuro. Un futuro simbólicamente invertido, que no determina más *energía* sino *depresión*. La depresión del síndrome del *deja vú*: sabemos que podemos comprar una computadora más moderna, más pequeña, más veloz, y creemos que el futuro puede cambiar nuestra vida. No es el futuro perdido, sino el futuro simbólicamente invertido y pervertido, lo cual también produce una perversión política de las sociedades democráticas. El poder no puede reiterar la promesa de felicidad. Puede solamente traducir esta promesa de felicidad y hay un mimetismo entre las elites que gobiernan y los ciudadanos (no quiero ir más allá porque mi país, Italia, en este momento es un fantástico ejemplo de sustitución de la serialidad del gozo a partir del poder: a partir de un poder que es el sustituto de la promesa de felicidad) Lo que acabo de explicar sería una cosa ridícula, si es que no tuviese implicaciones, consecuencias trágicas.

Lo cierto es que mi reflexión ya, en los años 80, tendía a pensar sobre el nexo entre espacio y tiempo

Con relación al lenguaje: nosotros hablamos una lengua romance, neo latina Y hay una particularidad, -en este caso una partícula macroscópica, que no vemos por lo grande que es- que quiero señalar.

Quiero decir que nosotros usamos una sola palabra, *tiempo*, para hablar del tiempo cronológico y del tiempo atmosférico (a diferencia de los ingleses o de los alemanes, por dar algunos ejemplos)

Hay un ensayo magnífico de Emile Benveniste, y que yo conocí en la década del 40, en el cual habla sobre el origen del término latino *tempus*. Allí dice que el latín *tempus* es difícil de determinar en cuanto a su origen; porque todos pensaban que el latín *tempus* era el derivado del término “tecno” (que significa cortar) o del griego “tejno” (que significa distender), pero en realidad no es ni lo uno ni lo otro.

El misterio del origen de *tempus* es que los derivados de este término son más antiguos que el término mismo. En la lengua latina, términos como *temperamento*, *temperatura*, *tempestad* están antes que el término *tempus*. *Tempus* es la abstracción producto de una dinámica de interacción entre elementos diferentes. *Temperancia*, pero también *tempestad*. Se trata de un punto importante, no solamente para comprender la *naturaleza* sino la *subjetividad*. Cuando el grande Immanuel Kant asocia “...la ley moral en el interior de mí mismo, con el cielo estrellado sobre mí...”, yo lo que siempre digo es que Kant solamente miró el cielo con buen tiempo, pero nunca el cielo nublado, con tempestad. Porque hay también tempestades, y no solamente armonía moral: hay conflicto moral.

Esto es una característica extraordinaria de los pueblos neo latinos, que adoptan una sola palabra para entender el tiempo *que pasa* y el tiempo *que hace* (siempre la misma palabra): porque el tiempo que pasa siempre tiene que ver con el tiempo que hace.

Una última reflexión. Tenemos que replantear la idea de la globalización de la historia-mundo. La historia-mundo es una historia espacial. La idea *futurocéntrica* de la historia que se venía sosteniendo era la base teológica de la mitología del crecimiento, de la explotación (mejor, de la doble explotación, como manifestó en su exposición la señora decana): tanto del hombre cuanto del mundo natural; porque un tiempo unilineal, acumulativo, es siempre el tiempo del crecimiento indefinido, infinito, sin límites. El tiempo del *tempus* (el tiempo del *kairós*) es siempre el tiempo oportuno, por lo tanto es un tiempo-espacio: un nexo entre tiempo y espacio.

Creo que la mayoría de los conflictos del futuro no serán, por ejemplo, conflictos sobre el salario; no solamente eso, sino conflictos sobre la calidad de los espacios, de los espacios urbanos. La revuelta de la periferia de París de La Banlieu” (del “Lugar-panal”) no fue una revuelta por los puestos de trabajos, sino porque vivían en lugares de mierda. Un “lugar-panal” es un lugar sin calidad. Uno puede tener un buen trabajo, pero si vive en un espacio sin calidad, su vida no puede ser un buen desarrollo de los talentos. Y esa es la primera y más importante materia prima del desarrollo de una sociedad: los talentos, la inteligencia.

En este mundo global tenemos que redefinir la idea de la historia-mundo como una verdadera historia multilateral. Hay un maestro del pensamiento poscolonial, el filósofo indio Ranajit Guha, que escribió un libro con un título magnífico: *La historia de las fronteras de la historia- mundo*. Ahí hace un cuerpo a cuerpo con el texto sobre la filosofía de la historia de Hegel. (normalmente los filósofos no leen estas cosas, pero las investigadoras mujeres sí, porque han desarrollado, antes que los varones, una crítica del modelo identitario egocéntrico, etnocéntrico de la historia)

Tenemos que pensar una historia multilateral como la idea de *modernidades múltiples*. Hay muchas más avenidas, calles, que lo que nuestra historia de la filosofía ha imaginado. No hay una sola calle estándar, un mismo modelo, como piensan habitualmente los norteamericanos. Hay calles diferentes.

Por otro lado, esta historia tiene que valorizar la *contingencia*: la historia nunca está predeterminada, hay bifurcaciones, está la decisión individual y la colectiva, como en nuestras propias decisiones personales.

Cuando yo hablé con el biólogo Stephen Jay Gould -el principal investigador post darwiniano del siglo pasado, fallecido a los 61 años, en 2002- le pregunté cuales eran las principales diferencias entre la perspectiva de Darwin y la suya, a lo que me contestó: “La de Darwin es una perspectiva más o menos lineal: hay algunas premisas y luego evolución. Hay, por ejemplo, los primates, y luego evolución; en cambio en la mía, en mi visión, hay un elemento de *contingencia*. Es decir, si nosotros planteamos en un mapeado todas las precondiciones que serían necesarias para que nuevamente acontezca el *click* que hizo que se diera -en el interior de la vida de los primates- el primer momento de la historia del *homo sapiens*, no lograríamos el resultado esperado. Reitero: si reproducimos un millón de veces el mismo mapeado, con todas las precondiciones relevadas, la convergencia puntual no se produciría nuevamente. Es decir: hay un *acontecimiento contingente* que siempre escapa a la planificación.

La historia estructura, pero al mismo tiempo demanda que haya un *acontecimiento*, un algo inesperado.

Por eso la historia está tan estrechamente vinculada a nosotros mismos; es decir a nuestra capacidad de ser entera, profundamente sujetos.

Muchas gracias.

Auditorio Facultad de Lenguas (Av. V. Sársfield 197), sábado 30 de julio de 2011.